

Febrero 13/2004

90 AÑOS ATRÁS: VIENTOS DE GUERRA UNIVERSAL

Por Agustín Saavedra Weise

Este año 2004 marcará el 90º aniversario de la Primera Guerra Mundial, pues la conflagración se extendió por prácticamente todo el orbe. Las acciones se iniciaron en agosto de 1914, pero ya habían vientos bélicos al iniciarse ese fatídico año.

Durante 1913 los conflictos en los Balcanes dejaron profundas heridas que afectaron al tambaleante imperio austro-húngaro y sacudieron a toda Europa. Arrastrándose en el tiempo, los franceses acumulaban su rencor por la derrota de 1870 frente al flamante Segundo Reich alemán. Los germanos –a su vez– querían ostentar un nuevo lugar en el mundo acorde con su creciente poderío militar y económico, lo que creaba enormes suspicacias en Inglaterra, dueña de un vasto imperio naval expandido globalmente y con grandes influencias comerciales. Turquía, en la decadencia del otrora temible imperio Otomano, seguía ejerciendo fuerte influencia en los Balcanes y el Cercano Oriente. Sus simpatías estaban del lado alemán. Polonia quería renacer como estado independiente y manejaba sus propias opciones con tal fin.

Países grandes y menores del continente se iban agrupando a un lado o al otro, en procura de sobrevivencia y protección. Bélgica garantizó su neutralidad por medio de Gran Bretaña y ésta limó sus antiguas asperezas con Francia y Rusia para formar la "triple alianza". Con el agregado de la gigantesca nación eslava, se pensó que era posible cercar y "moderar" a las potencias centrales (Austria-Hungría y Alemania) ante la amenazante probabilidad de sostener dos frentes bélicos.

Europa tendía inexorablemente hacia el precipicio. Se terminaba una extensa era de paz general –aunque tamizada por guerras localizadas– conocida en la historia como el paradigma del balance de poder, configurado desde el Congreso de Viena (1815) y tras el alejamiento de Napoleón.

Paralelamente a ese ordenamiento político, durante el siglo XIX y albores del XX hubo una serie impresionante de avances científicos, tecnológicos e industriales. Penosamente también se estimuló el espíritu armamentista con el advenimiento de la

aviación, nuevos sistemas de artillería, el desarrollo de vehículos a combustión, la introducción de blindados y adicionales elementos de destrucción mutua.

Era el tiempo del colonialismo. Inglaterra, Francia, Alemania, Portugal, Bélgica, Holanda y otras naciones, sostenían verdaderos imperios coloniales en Africa, Asia y hasta en América. Las rivalidades por ganar mercados eran inevitables; las afinidades también. Se fueron creando grupos y coaliciones que prometían romper hostilidades en cualquier momento. La tensión crecía en Europa y el resto del mundo. Los Estados Unidos observaban expectantes desde su magnífico aislacionismo; no querían saber nada con las riñas europeas. Recién en 1917 los norteamericanos ingresaron a la guerra y en forma decisiva, para forzar la firma alemana del armisticio en 1918 y el fin de la cruenta contienda.

En febrero de 1914 ya se olía a lucha. Los motivos eran múltiples, con razones y sin razones de las partes contrapuestas. Terminaba un ciclo de equilibrio y la inminente acción hostil se haría trágicamente inevitable. Así se llegó al caluroso agosto de 1914, principio de la gran conflagración. Alemania estuvo a punto de ganar rápidamente la guerra en el frente occidental ya que casi toma París, pero el llamado "Plan Schlieffen" no fue seguido al pie de la letra y las cosas resultaron diferentes: se inició una larga guerra de trincheras con enorme mortandad en ambos bandos. En otra oportunidad y cuando se acerque el aniversario del comienzo de hostilidades, elaboraré una nota al respecto. En esta ocasión, valía la pena recordar que hace nueve décadas los soplidos tenebrosos del Dios Marte comenzaban a acumularse en la vieja Europa, preparando el estallido que se produjo seis meses después.

-----0000-----